

En Francia se decía que pasaba alegremente su destierro en un magnífico castillo; según los cronistas, paseaba en Génova en un soberbio caballo tordillo.

Estuve á verlo en su castillo. Era este una humildísima casucha, cuya renta anual sería de unos 150 á 200 francos. Se componía de un pequeño huerto en el cual cultivaba coles que salía á vender, así como los huevos de sus gallinas, y la leche de una cabra en el mercado de Carouge. En cuanto á su caballo, siempre fué invisible é impalpable. En materia de irracionales amigos no le conocí más que un fiel perro, que se llamaba Porthos.

Cluseret, á quien las gacetas francesas presentaban como un millonario, vivía en la pobreza más absoluta.

Si por casualidad este libro llegara á sus manos, es seguro que no le agradarían los sentimientos cristianos que me animan. No soy ya el joven impío que conoció; pero verá que rinde homenaje á su probidad, aunque deplorando su ceguera, un convertido, un católico que se complace en decir la verdad.

Los saltimbanquis desterrados nunca me simpatizaron.

Viví tranquilo, ocultando mi miseria, sin tomar

parte en las reuniones de los farsantes, para quienes es oro molido el título de proscritos.

Disimulaba tanto que ninguno, de los pocos amigos políticos que visitaba tuvo la menor sospecha de mi angustiada situación.

En un libro como el presente no debo hablar más que de mi vida pública, y el lector se disgustaría de que me pusiera á informarlo de hechos sin interés, como los referentes á mi hogar.

No obstante, aunque sin acopio de pormenores, me parece útil decir que en Ginebra no vivía solo. Tenía familia: una mujer y dos hijos; mi amada esposa, que se alejó de Dios por culpa mía, los niños educados sin religión.

Eramos, pues, cuatro los que arrastrábamos las pesadas cadenas del destierro; cuatro los que sufríamos y muchas veces ayunábamos.

Se dió el caso de que viviéramos un mes entero sin comer más que pan. Aún éste llegó á faltarnos; dimos á los niños lo poco que nos quedaba y pasamos, mi esposa y yo, tres días enteros sin comer.

Llegó á tal grado nuestra miseria, que desesperado quise arrojarme al Ródano, mi mujer impidió que ejecutara tan bárbaro propósito.

Un amigo que no pertenecía á ningún partido, advirtió nuestra deplorable situación. Nos socorrió con singular delicadeza. Debo decir su nom-

bre, Julio Klein el compositor de música. Klein no estaba desterrado, vivía en Ginebra por gusto.

En tales circunstancias, con el estómago vacío, pero siempre vestido con aseo, iba á visitar algunas veces á mis jefes revolucionarios, Couvert, Razona, Cluseret y Rochefort.

Apreciaba especialmente á este último. Era indeleble la impresión que su *Lanterne* me había causado en otro tiempo.

Tengo la convicción de que le era yo de todo punto indiferente, pero esto no me importaba; tal era el ascendiente que su antiguo prestigio ejercía en mí.

Pero si mi miseria pasaba inadvertida á los ojos de los republicanos, y si en Ginebra solo un hombre extraño á la política se había dado cuenta de ella, en cambio la descubrió desde lejos un amigo de la infancia, que, aunque católico me quería hasta el grado de comprometerse por mí. La amistad que teníamos le causó disgustos con personas de su familia.

Esto pasaba durante el gobierno del 16 de Mayo. Mi amigo H.*** que es hoy uno de los médicos más distinguidos de Marsella, me escribió demostrándome lo absurdo de mi obstinación en defender una causa que, ya en sí misma, ya por parte de sus afiliados no me ofre-

cía más que ingratitud y desengaños. Hizo uso de toda su elocuencia para persuadirme.

A la sazón iba á fundarse un periódico de orden en el Sur de Francia. H.*** me ofreció en él un empleo con seis mil pesetas al año, y los directores me aseguraban que lograrían el que todas las sociedades religiosas que me habían llevado á los tribunales renunciaran á la ejecución de las sentencias pronunciadas contra mí.

Dí las gracias á mi amigo y le contesté que prefería *“morir de hambre en el destierro á abandonar la causa de la República.”*

En las elecciones del 14 de Octubre, mi partido triunfó, y yo no aspiré á otra cosa que á volver á mi amada patria. Una fraudulenta manobra de la nueva cámara me abrió las puertas de mi país.

Durante el ministerio de los señores de Droglie y de Fourton varios periódicos republicanos tuvieron que habérselas con los tribunales.

La cámara, con el fin de acentuar su triunfo decretó la amnistía en favor de los desterrados por delitos de imprenta, “cometidos desde el 16 de Mayo hasta el 14 de Octubre de 1877.” Lo cual significaba que durante ese periodo de tiempo los tribunales habían pronunciado sentencias injustas. El senado sancionó la amnistía; pero suprimiendo las fechas que con toda intención había

fijado el proyecto de ley. De manera que la Alta Cámara consentía en borrar los delitos de imprenta; pero no quería circunscribirse á sentencias pronunciadas en determinado tiempo, fuera el que fuese.

Corregida en estos términos la ley de amnistía, era favorable á los periodistas proscritos que, como yo habían sido desterrados ántes del 16 de Mayo. Solo seis estábamos en ese caso. Faltaba saber si por hacer favor á seis republicanos y no ponerse en contradicción con el Senado, se decidiría la cámara á desistir de su proyecto, y consentiría en suprimir las fechas que ella misma había escrito al principio con el expresado propósito de no solo indultar á los desterrados, sino especialmente de echar un borron sobre el gobierno, durante el cual habían sido sentenciados.

Por fortuna, entre los que salían beneficiados con la amnistía del Senado, estaba un hijo de Raspail. Por fin, la cámara adoptó la ley corregida, de manera que todos los desterrados por delitos de imprenta pudimos volver á Francia. ¡Ah, con qué afán nos apresurábamos á dejar el país del destierro, luego que nos era posible hacerlo!

Uno de nosotros, Justino Alaviail, periodista de Perpiñan, se apresuró demasiado. Antes que la cámara ratificara la ley del Senado, nuestro compañero salió de Ginebra.

Fué detenido en la frontera; pero el gobierno dió por telégrafo la orden de dejarlo en libertad, y de permitir la entrada en Francia á todos los desterrados por delitos de imprenta.

Esta sábia disposicion del gabinete Dufaure, abrió las puertas á todos los proscritos. Bajo el punto de vista de la conciliacion, Dufaure deseaba que la cámara no se opusiera al Senado. Al abrimos las puertas de la patria, desde la primera votacion, comprometía á los diputados. Estos no podían ya limitar la amnistía á los sentenciados desde el 16 de Mayo, y obligar de este modo á los republicanos á emprender de nuevo el camino del desterrado.

Al volver á Francia (27 de Febrero de 1878), me dirigí inmediatamente á Montpellier, donde se imprimía mi periódico *El Frondeur*, el cual, despues de haberse suspendido durante el ministerio Broglie Fourtou, había vuelto á aparecer con el gabinete Dufaure.

La amnistía no absolvía de las sentencias dadas en juicios promovidos por particulares. Sobre mi pesaban algunas de éstas.

M. Mercier, de quien he hablado ántes con motivo de mi primer duelo, tuvo la bondad de interesarse por mí ante las personas á quienes mis escritos habían atacado, y solicitar su indulgen-

cia para con un culpable que ya había sufrido bastante.

Con exceso de bondad, todas esas personas que pertenecían al mundo católico firmaron un escrito desistiendo de sus acusaciones.

Permanecí cerca de un año en Montpellier. Durante mi permanencia en esta ciudad, dos incidentes me mostraron una vez más las bellezas de la fraternidad republicana.

Dió lugar al primero, el abogado general Jouvion.

Este magistrado era liberal. Acusado de una infamia por sus enemigos, se suicidó. La investigación que siguió á su muerte probó que había sido calumniado. No obstante, fué abandonado el infeliz por sus mejores amigos, quienes no procuraron en lo más mínimo defender su memoria. Para los oportunistas era un triunfo el verse desembarazados de un liberal, y los liberales no volvieron á acordarse de aquel infortunado desde el momento en que murió.

Únicamente siete fuimos los que acompañamos sus despojos mortales al panteón.

Esta ingratitud de mis correligionarios, me disgustó de una manera profunda.

El segundo incidente fué ocasionado por una polémica con el alcalde de *Cette*.

El partido republicano en *Cette*, como en todas

partes, estaba dividido en dos campos; el de los oportunistas y el de los liberales, los cuales se detestaban mútua y cordialmente. No hay para qué decir que yo era rival de los oportunistas. El alcalde Espitalier, jefe de éstos, tenía un periódico, el *Petit Cettois*, que luchaba con el *Frondeur*.

Solo que la polémica no tenía el mismo carácter en los dos periódicos. El *Frondeur* criticaba los actos políticos y administrativos del alcalde Espitalier, mientras que el *Petit Cettois* contestaba atacándome en mi vida privada. Todos mis actos personales, los menores hechos que nada tenían que ver con el público, eran tergiversados con la más odiosa mala fé. Para decirlo todo (y esto no deberá ser una sorpresa), conviene saber que el alcalde Espitalier era franc-mason y Venerable de una logia de *Cette*; entre los francmasones la mentira está juzgada como una virtud.

El *Petit Cettois* llegó á decir que estando yo nado en dinero, dejaba á mi madre morir de hambre; de esta manera los oportunistas presentaban al público la historia de mi separacion de mi familia. Todo ello era falso. Ganaba yo entonces 300 francos cada mes, y tenía mi madre tan poca necesidad de mis socorros, que el mismo día en que se publicó el artículo de Espitalier, ella compraba en Marsella una casa por valor de 70,000 francos al contado.

Esos artículos eran redactados por varios insultadores de oficio. Uno de estos amables oportunistas había sido sentenciado á diez años de trabajos forzados por una quiebra fraudulenta.

Pero no paró ahí la cosa.

Sucedió, pues, que Espitalier se disgustó con su redactor en jefe. Éste, al separarse de su patron, hizo revelaciones sobre la polémica entre el *Petit Cettois* y el *Frondeur*; revelaciones que edificaron al público meridional.

Deseo recordar una de ellas, aunque no sea más que para dar á conocer á mis lectores las amables costumbres del partido republicano.

Un día, hallándome en la poblacion en que reinaba Espitalier, me dirigí á la redaccion del *Petit Cettois*, con el objeto de pedir al redactor en jefe una esplicacion acerca de un artículo que contra mí se había publicado.

Á otro día, Espitalier, al tener noticia de mi visita, se encolerizó rabiosamente contra su compañero.

—¡Cómo! decía, Leo Taxil ha estado aquí, solo con vos, ¿y no le habeis metido una bala en la cabeza?

—Pero, respondió el redactor, no he tenido para qué defenderme; no ha venido en son de guerra; se ha conducido con mucha urbanidad. Me preguntó únicamente, y de una manera muy co-

medida, el nombre del autor de un artículo publicado contra él.

—¿Y qué importa? replicó Espitalier. Lo teniais en vuestro poder, estaba en vuestra casa, no había testigo alguno. Os digo que era preciso haberle metido una bala en el cráneo.

Una vez que vuestro hombre hubiera muerto, declarariais que había venido á agrediros y que os habiais hallado en el caso de legitima defensa. Sin discusion os habría absuelto el jurado.

En la noche, el alcalde franc-mason envió á su redactor en gefe un pequeño bulto que contenia un revolver cargado y una carta.

Esta decia lo siguiente:

La primera vez que Taxil vuelva á vuestra casa, ROMPEDLE EL ALMA. (Textual).

La República ha nombrado al gentil Espitalier receptor principal de rentas en *Saint-Affrique* (Aveyron) donde se haya actualmente; es tambien en esa ciudad, Venerable de la Lógia *Intima Union*, del Gran Oriente de Francia.

¿No es verdad que es hermosa la fraternidad republicana?

¡Qué noble, qué grande, qué generosa es la democracia!

¡Y yo permanecí diez y siete años en ese presidio!

Hoy me parece que acabo de despertar de una inmundada pesadilla.

La Exposición de 1878 me proporcionó la oportunidad de ir á Paris, en el mes de Setiembre. Esta fué la primera vez que pisé la capital. Me agradó tanto, que decidí radicarme en ella. Los propietarios del *Frondeur* me dieron su consentimiento, y desde el 1.º de Enero de 1879 el periódico tuvo en Paris un centro para su venta.

VII.

GUERRA Á DIOS.

PLAN DE ATAQUE.—ORÍGEN DE MIS FOLLETOS IMPÍOS.—EL ANTI-CLERICAL Y LA VANGUARDIA.—¡ABAJO LOS BONETES!—M. PABLO DE CASSAGNAC.—SEGUNDA COMPARECENCIA ANTE EL TRIBUNAL SUPERIOR.—LAS FINEZAS DE LE ROYER.—MONSEÑOR QUIBERT.—LA LIBRERÍA ANTICLERICAL.—NUEVOS PROCESOS.—LOS BUENOS COFRADES.—CANDIDATURA EN NARBONA.—LA FRANC-MASONERÍA.—PRIMER CONGRESO PARISIENSE DE LIBRES PENSADORES.

La grande y sacrilega lucha iba á comenzar. Ya estaba en Paris. Hasta ahí no había yo hecho más que simples escaramuzas contra la religion. Era preciso emprender una campaña decisiva.

Mi plan era este:

Crear á costa del *Frondeur* un periódico exclu-